

MARTA FERNÁNDEZ CRESPO

Querido Pedro:

Sé que cuando acabes de leer esta carta estarás de acuerdo con cuanto en ella digo; incluso no tendrás inconveniente en poner tu firma al lado de la mía, dando de este modo valor a mi palabra.

Hay quien considera que la lluvia es el llanto de la naturaleza, y que ésta muestra así la tristeza acumulada por todo lo que de terrible va acaeciendo en la tierra; cuentan otros, sin embargo, que entre ciertos pueblos muy lejanos, existe la creencia de que si la lluvia cae durante la ceremonia de una boda, es símbolo de buen augurio para los recién casados.

La lluvia es vivificante, aporta vida a los animales y plantas; si es torrencial puede llegar a producir catástrofes, pero no obstante, llegado su fin, todo se nos va mostrando más limpio, más resplandeciente, más vivo como si de una catarsis se tratara.

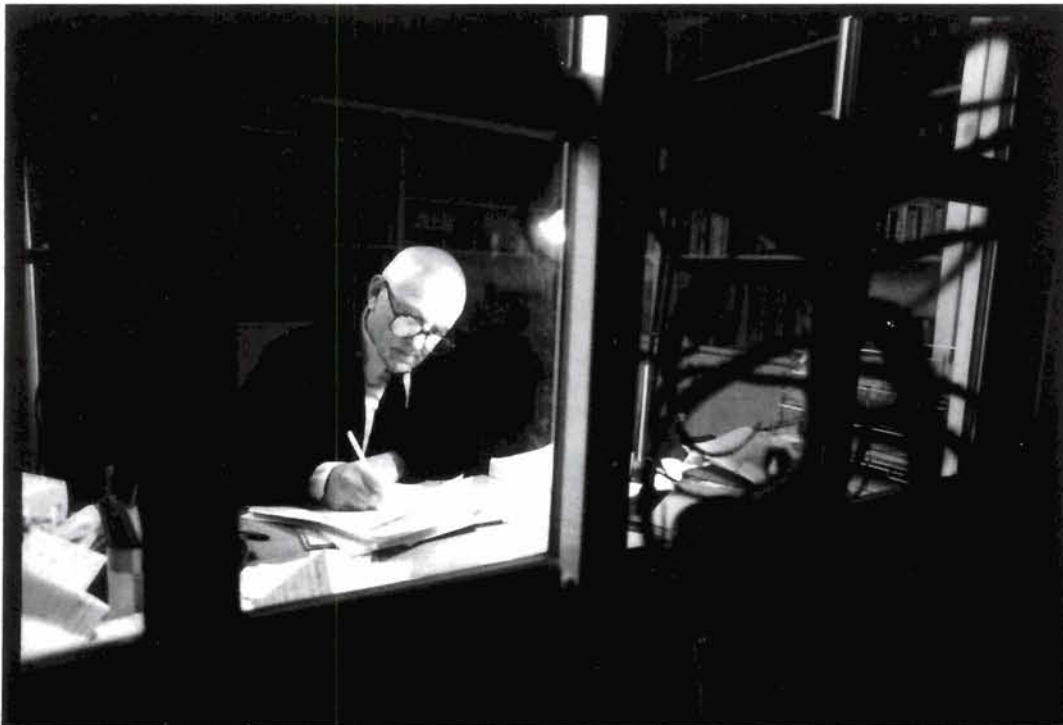
A estas horas ya te estás preguntando: "¿A qué viene todo esto? ¿Por qué no vas al grano?"

Verás, se me ocurre que si un ser querido se nos va y en el momento del postrer adiós la lluvia se hiciera presente ¿no sería esto, aunque nos cueste comprenderlo, símbolo de buen augurio? Sí, sí, ten paciencia, te lo explico: ¿No querría decir que el que se fue, se fue contento sin pesar a habitar los lugares sin tiempo, donde, sin prisa, por supuesto claro, ¡allí no hay tiempo!, espera darnos un día la bienvenida sonriendo?

Yo no sé grandes cosas pero creo saber una pequeña; sé que cuando un amigo emprende el largo viaje, si lo nombramos, lo haremos presente, compartirá nuestra charla y con él y de él seguiremos aprendiendo. Mientras así ocurra, nunca el amigo habitará el mundo de los muertos.

¿Verdad que lo compartes? ¿Avalarás, entonces, mi escrito con tu firma?

Sabes que te quiero. Tú tampoco me olvides.



*Pedro Cobos en su biblioteca. (P. C.)*